

DOCTRINA MÍSTICA DEL V. P. LUIS DE LA PUENTE

(3.º)

En el capítulo XV de la *Vida* del P. Baltasar Alvarez, enseña terminantemente el P. La Puente que «la multitud de los fieles... solamente son llamados para oraciones vocales y para considerar y ver, como desde lejos, algunos divinos misterios»; que algunas almas, figuradas por los setenta ancianos que acompañan a Moisés en la subida al Monte Sinaí, son invitadas por Dios para acercarse más a él con los ejercicios de la oración mental; finalmente, que «otros pocos hay figurados por Moisés a quien Nuestro Señor, con vocación más especial, levanta al supremo grado de la contemplación y unión con su Divina Majestad». Pero estas palabras de la *Vida* del P. Baltasar, preguntábamos en el artículo anterior (1), ¿no estarán en contradicción con otros textos del mismo P. La Puente, anteriores y posteriores, de la *Guía Espiritual* y de la *Exposición del Cantar de los Cantares*?

Aun en el texto de la *Vida* del P. Baltasar citado, pudiera verse algún asomo de contradicción entre lo que se escribe al principio, que «para la oración por meditaciones y discursos, casi todos tienen vocación o inspiración», y lo que después se dice de la multitud de los fieles. Repárese, no obstante, en que esa vocación de casi todos a la meditación es «más o menos»; «conforme a su capacidad»; y que por otra parte, aun la multitud de los fieles son llamados «para considerar y ver», siquiera sea como de lejos, «algunos divinos misterios», lo cual no deja de ser cierto modo de meditación.

En cuanto a los textos de la *Guía Espiritual* que pudieran parecer contradictorios, adviértase nuevamente que, en este pasaje de la *Vida* del P. Baltasar, el autor considera de propósito las diversas clases de todo el pueblo cristiano. Al revés, la *Guía* quiere serlo «no

(1) *ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS*, enero de 1925.

tanto de pecadores que pretenden salir de su mal estado, cuanto de aquellos que han hecho sus diligencias para alcanzar la verdadera justicia y pretenden durar y crecer en ella caminando con fervor por las tres vías que llaman purgativa, iluminativa y unitiva hasta llegar a lo supremo de cada una.» Es decir, que el autor de la *Guía* cree hablar de ordinario con personas fervorosas. El tratado tercero de la perfecta contemplación «se escribe principalmente para las personas a quienes Nuestro Señor ha hecho merced de levantar al estado perfecto de la vida contemplativa y vía unitiva, o con especial vocación las llama para que suban a ella». No se pierda de vista esta advertencia, y acaso las contradicciones sospechadas serán sólo aparentes.

Lo mismo y aun con más razón se pudiera decir de la *Exposición de los Cantares* (1). El autor se propuso dar en él «a los predicadores, materia de predicación para casi todas las fiestas y Dominicas del año; a los maestros espirituales, doctrina que enseñar; y a los discípulos, sean penitentes o principiantes, aprovechados o perfectos, enseñanzas para cualquier vía en que se hallen, purgativa, iluminativa o unitiva». Así habla él en la Introducción; pero la materia misma, el hecho de escribir en una lengua sabia, y los puntos altísimos y deliciados que en el desarrollo toca, indican bien a las claras que, al escribir, tiene presentes ante todo, a los maestros de espíritu y a los discípulos más fervorosos. Diríase que esas exhortaciones son las pláticas que el santo varón hacía a los religiosos de la Compañía y a las varias Comunidades de Religiosas contemplativas que en Valladolid solicitaban su dirección espiritual, entre las cuales abundaban las almas «a quienes el Señor había hecho merced de levantar a la contemplación o con especial vocación llamaba para que subieran a ella».

Con esta advertencia, tomemos en las manos los libros de la *Exposición de los Cantares*. Es la última obra de nuestro gran asceta, y, si en alguna, en ella ha de haber volcado todo lo que de místico atesoraba su alma, llegada a la madurez de la vida y de la experiencia sobrenatural (2).

(1) *Expositio moralis in Canticum Canticorum exhortationes continens de omnibus Christianae Religionis Mysteriis atque virtutibus...* Parisiis, Sumptibus Dionysii de la Noüe, M. DC. XXII. Dos tomos en folio, el 1.^o de 1.424 columnas y el 2.^o de 1.178, más los preliminares e índices.

(2) Digamos que el santo varón muestra particular estima de esta su obra, sin duda por lo que de Dios creía ver en ella. Recientemente llegaba a mis manos, enviada por unos bue-

Creo haber visto directamente por mí todos los pasajes en que el autor habla de la oración, de la devoción, de la meditación, de la contemplación o de la vida contemplativa, de las diversas maneras de buscar y hallar a Dios, del amor a este soberano Bien, de la unión con Su Divina Majestad, del Espíritu Santo, de sus inspiraciones y dones...; en una palabra, todos los pasajes en que al autor se le ofrecía ocasión de exponer lo que siente en el punto que examinamos. Por vía de nota apunto escuetamente los principales de estos pasajes (1); examinarlos aquí todos sería completamente imposible. Por otra parte es innecesario para el fin que pretendemos. El mismo P. La Puentte, en ésta como en todas las demás obras suyas, pone al fin de cada uno de los dos gruesos volúmenes, un índice de las cosas en ellos contenidas, hecho de su mano, con esmero singular. Con leer en ese índice (y dígase lo mismo de la tabla de las cosas más principales que va al fin de la *Guía Espiritual*), lo que se apunta bajo la palabra «contemplación» y semejantes, podríamos tener seguridad moral de que no se nos pasaba por alto idea importante en la materia. Pero hay todavía otro camino más breve y certero, y es el que hemos seguido en la *Guía*: examinar el pasaje o pasajes en que el escritor plantea de propósito la cuestión discutida.

nísimos amigos de Inglaterra, copia de una carta autógrafa en latín, dirigida por el siervo de Dios al P. Juan Gerard, tan conocido por sus gloriosas aventuras en la Misión de Inglaterra. Es una carta íntima, espiritual totalmente: «un epílogo de su Teología mística» la llama el mismo P. La Puente. Pues bien: como postdata a esa carta, el espiritual autor añade lo siguiente: «*Grande opus, Deo iuvante, perfeci; cuius titulus est Expositio Moralis in Canticum Canticorum, exhortationes continens omnium mysteriorum et virtutum christianaæ religionis*. Partitum est in duos tomos, et quilibet tomus in quinque libros. Dispositio quidem nova et singularis, sed non sine fundamento in ipso textu sacro; res per se graves et copiosae valde, ex Sacra Scriptura et SS. Patribus depromptae; stilus humilis, sed clarus et castus, rei spirituali et sacrae adeoque elevatae non dissonus. Typis excuditur Parisiis: cito perveniet ad Germaniam et Belgium. Utinam sit ad gloriam Dei et Ecclesiae aedificationem proximorumque utilitatem». La carta lleva fecha de 23 de marzo de 1621, en Valladolid. El P. Gerard estaba entonces en Lieja, donde fué Rector y Maestro de novicios desde 1614 a 1622.

(1) Indico en cada libro, con el primer número arábigo la exhortación, con el segundo el párrafo. Si no se indica un párrafo particular, es que toda la exhortación es importante para las cuestiones que se tratan.—*Lib. I.* 2; 8; 9; 14; 17; 3; 19, 3 y 4.—*Lib. II.* Nota importante sobre la acepción de la palabra *gratia*, en la Introducción.—9; 12; 13, 3 y 4.—*Lib. III.* 3; 6; 11; 15, 4; 17; 30, 3.—*Lib. IV.* 1, 3; 3, 2; 7, 3; 9, 2; 11; 16; 17; 26, 4; 29; 32; 33; 39; 40; 43.—*Lib. V.* 1, 4; 6; 7; 11, 2 y 3; 12; 28; 29; 30; 36; 40, 2.—*Lib. VI.* 5; 7; 13, 2; 18; 24; 29, 3; 34, 37.—*Lib. VII.* 1, 3 y 4; 5, 1; 8; 24.—*Lib. VIII.* 2, 4 y 5; 7; 18, 4.—*Lib. IX.* 3; 15, 2 y 3; 19; 21; 23.—*Lib. X.* 1; 4; 6; 7; 8; 10; 13; 19, 20.

Pues bien: la segunda parte del libro II lleva este título general: «De gratia Dei introducente nos ad contemplanda divina mysteria, et de rectitudine dilectionis ac virtutis quae comitantur illam». La exhortación octava de ese libro, primera de esta segunda parte, sobre aquellas palabras: *Introduxit me rex in cellaria sua*, se resume así en el encabezamiento: «De gratia Dei introducente in contemplationem divinorum mysteriorum; eamque tribui iis qui strenue post Christum currunt et ad eius similitudinem pervenient, abnegatis omnibus quae illam impediunt». Conviene entresacar algunas cláusulas de esta exhortación para conocer plenamente el sentir del P. La Puente. Después de un breve exordio, en que devotamente aplica a la Santísima Virgen las palabras del tema y la doctrina en ellas encerrada, y de asentar en el párrafo primero: *Donum contemplationis describi per introductionem in Dei cellaria*; en el segundo, habiendo probado que «la gracia de Dios es necesaria para la contemplación, y que se le ha de pedir a él», dice así en lo que hace más a nuestro propósito:

«Ad hoc autem ostium nullus accedere potest, nisi trahatur a Patre; nullus introire per illum nisi introducatur a rege...; ipse enim elegit quos in sua cellaria introducere debebit. Ad Dominum enim domus ac cellariorum spectat vocare eos qui in ea ingredi et cum ipso ibi commorari debent... Inde fit summis precibus implorandum esse huiusmodi Dei auxilium, quo in haec cellaria ingrediamur...»

«Sed cur sponsa non petuit introduci in haec cellaria? Non enim dixit «Introduc me», sicut dixerat «Trahe me»... Dicendum mira prudencia sponsam tantum asseruisse «Trahe me», quia certo sciebat quod si fideliter cooperaretur gratiae Dei trahenti et strenue post Christum curreret, statim introducenda foret. Mos enim sponsi est currentes post se tempore opportuno reficere ne deficiant in via, et laborantibus in vita activa quietem contemplationis, cum expedit, elargiri. Voluit etiam suo exemplo adolescentulas et tirunculos monere, ne praepropere quid simile peterent. Illos enim adhuc oportet currere et laborare, non cellaria et quietem appetere nec ad supremum contemplationis donum prae mature aspirare. Et praeterea, inter cellaria divina, quaedam adeo sublimia sunt et recondita, ut in ea non nisi raro paucis valde dilectis ingressus pateat. Sunt enim quae-dam extraordinaria contemplationis dona, quae computantur inter gratias gratis datas, quas Spiritus Sanctus dividit inter electos prout vult; et sicut quibusdam multum prosunt qui in humilitatem altas iecerunt radices, ita aliis obesse solent, superbiendi occasionem inde arripientibus.»

Dejando para otro lugar determinar cuáles son estos dones extraordinarios de la contemplación que el P. La Puente cuenta entre las

gracias gratis datas, no nos empeñaremos en deducir de las cláusulas transcritas que, a su entender, para la contemplación propiamente dicha se requiere una vocación, una elección *especial*. Por otro lado es bien terminante aquella afirmación: La esposa sabía cierto que, si cooperaba a la gracia de Dios que la atraía y corría briosalemente en pos de Cristo, «luego (statim) sería introducida a la contemplación». Y eleva el hecho a ley universal, diciendo: «Mos enim sponsi est currentes post se opportuno tempore reficere, ne deficiant in via, et laborantibus in vita activa quietem contemplationis, cum expedit, elargiri». Conviene, eso sí, no olvidar que trata directamente de la Esposa y de las almas semejantes a la Esposa, en las cuales bien podemos suponer ya esa vocación especial, alcanzada tal vez con aquel grito del alma: «Trahe me». Y no estará de más advertir que la palabra «contemplación», en algunas cláusulas de esta exhortación VIII, equivale a «vida contemplativa», en cuanto se opone a la activa, y abarca, además de la contemplación propiamente dicha, también la meditación (1).

Pero, he aquí que, en la exhortación inmediata, que es la nona, se propone el problema en los siguientes términos: «De causis ob quas multi non introducuntur in cellarium contemplationis, vel introducti iam expelluntur, aut diutius commorari non possunt; et de fiducia obtinendi huiusmodi donum». Y en el párrafo primero se establece la siguiente tesis: *Ex Dei ordinatione quosdam non introduci in donum contemplationis*. Y se prueba de esta manera:

«Etenim cum omnibus hominibus necessarium sit ad salutem post Christum currere, eius sequendo vestigia; ideo omnes ad hoc vocantur et sufficiens habent Dei auxilium ut id praestare possint. Secus autem in dono contemplationis, quod ad salutem aeternam consequendam necessarium non est. Quare nec etiam est mirandum, quod iis tantum Deus illud largiatur quibus vult et prout vult. Nam in huiusmodi donis, *Spiritus ubi vult spirat et singulis dividit prout*

(1) Así, por ejemplo, en el párrafo 1, se dice: *Cellaria repraesentant recondita fidei nostrae mysteria, vel ea in quibus haec mysteria continentur...; in quae ille dicitur introductus, qui, Dei gratia praeventus et adjutus illa meditatur, contemplatur, amat et amplexatur*. En el párrafo 2: «Si ad opera vitae, quibus currimus post Christum, indigemus trahi a Deo, multo magis ad opera contemplativae quibus nos super nos ipsos elevamus ut cum ipso quiete commoremur, caelestia ab ipso audientes et ediscentes mysteria». Poco después habla de los tres principales actos de la vida contemplativa: oración, meditación, contemplación. En todo el párrafo 3 contrapone la contemplación a la *vida activa*.

vult et sicut illi placet. Sicut omnibus apostolis et discipulis datum est post Christum ire et illum sequi; at solos tres assumpsit, et duxit eos in montem excelsum seorsum et transfiguratus est ante eos (Mat. 17, 1). Fuit mons iste velut quoddam Dei cellarium in quo manifesta erat Christi Domini maiestas et divinitas per splendorem faciei et vestimentorum atque per vocem de caelo allatam. Non duxit autem ad illum montem omnes apostolos, sed tantum tres, quia noluit, nec expediebat; ut sciremus huiusmodi dona non passim omnibus, sed paucis raro concedi. Assumpsit autem Petrum et Jacobum et Joannem potius quam alios, quia ita voluit et ei placuit. Quis enim cognovit sensum Domini?, aut quis consiliarius eius fuit? Forte enim Andreas, qui non erat inferior illis, non est assumptus, ut etiam constaret haec dona non semper tribui sanctioribus. Solet enim Deus, suo occulto iudicio, vitulum saginatum praebere filio prodigo, quem tamen nunquam praebuit filio obedienti, qui multis annis serviens ipsi mandatum eius nunquam praeterivit... Et sicut Christus Dominus tres tantum adduxit in montem, per quos suam transfigurationem postea manifestavit reliquis apostolis, qui forte ex magnitudine fidei non minus profecerunt audientes mysterium, quam alii illud speculantes; ...ita etiam, ex Dei suavi providentia, quae diversis viis eumdem spiritualem fructum conferre novit, quidam ad ostia cellariorum Dei permanentes, quibus non datur per diuturnam contemplationem caelestibus potiri delicii, ex eo tamen quod humiles, resignati, et patientes sunt, non minus proficiunt quam si introducti essent; nec sua privantur portione, quam inter ipsa externa opera, vel ad brevem orationem iaculatoriam recipiunt, dum tanta animi alacritate ac fortitudine ad bona opera exercenda replentur, ac si intra cellaria diutius morati fuissent. Haec dixerim pro consolatione pusillanimum et infirmorum, vel eorum qui negotiis vitae activae vacare coguntur.» (1).

Esta misma doctrina había enseñado el autor de la *Exposición de los Cantares* en su primera obra de las *Meditaciones*, al tratar de la Transfiguración de Cristo Nuestro Señor. Conviene citar lo más importante de ese texto, porque hay en él matices que pueden ser de interés.

«Los compañeros [que el Señor llevó consigo] fueron tres apóstoles, los más fervorosos y más queridos. Porque, aunque Dios Nuestro Señor quiere y ama a todos los justos, pero a los más fervorosos hace mayores regalos; y si no llevó a todos doce, fué porque se entienda que no a todos se hacen estas mercedes extraordinarias... por donde echaré de ver cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo... Pero también he de advertir que nuestro Señor da estas gracias extraordinarias a quien quiere y como quiere, y a veces las hace al menos santo, y deja a otro más santo, por sus secretos juicios, remitiendo todo su premio para la otra vida; y así, aunque San

(1) *Expositio moralis in Canticum*, lib. II, exhort. 9, § 1.

Andrés no fué llevado al monte, no por eso se sigue que no era tan fervoroso como los demás» (1).

Las expresiones «mercedes extraordinarias» y «gracias extraordinarias» que por dos veces se emplean en este párrafo, ¿no indicarán que el P. La Puente habla en él de lo que en otros pasajes llama «lo muy raro y alto de la contemplación», «el grado supremo», «lo extraordinario y que a pocos rara vez se concede»? Y entonces, en el pasaje citado de la *Exposición de los Cantares*, donde también evoca el prodigo de la Transfiguración, ¿no se referirá así mismo a esos favores extraordinarios, y no precisamente al don de la contemplación? En verdad, las palabras de este último pasaje son terminantes y universales: *Ex Dei ordinatione quosdam non introduci in donum contemplationis*; y, el don de la contemplación, para el P. La Puente, no lo constituyen precisamente esas mercedes y gracias extraordinarias. Si el caso de la Transfiguración es, como parece, una de esas mercedes, habrá que decir que lo cita en este lugar como una analogía para explicar lo que en general ocurre con el don de la contemplación. Pero en ese mismo párrafo, y a continuación de las palabras que antes copiamos, en que dice que el don de la contemplación depende solamente de la ordenación divina, añade estas otras bien generales, en que, más plenamente que en la «Guía Espiritual», da la razón de esta amorosa providencia del Señor.

«*Sed quoniam ordinatio Dei, etsi occulta, semper tamen est iusta nec rationi dissona, reddenda est ratio cur noluerit omnes potiri contemplationis dono.* Etenim in corpore mystico Ecclesiae, sicut in corpore naturali, iuxta Pauli sententiam, multa oportet esse membra diversis munis deputata. Nam si totum corpus esset oculus aut auditus, ubi manus aut pes? Pertinet igitur ad decorem Ecclesiae quosdam esse contemplationi deditos, qui sint instar oculi vel auditus, dum vacant videndis Dei mysteriis, vel eius verbis audiendis; alios vero esse actioni mancipatos instar manus vel pedis aliis deservientes. Deus autem, universalis et caelestis gubernator, has gratias istaque talenta inter fideles distribuit, dividens singulis prout libet. Et quia natura fundamentum est gratiae cui deservit, divina providentia ita naturales complexiones distribuit (sicut D. Gregorius notat), ut quibusdam tribuerit insitam mentis tranquillitatem, per quam ad contemplationem sint apti et ad actionem inepti; aliis e converso ad ex-

(1) *Meditaciones*, Parte III, Meditación 21, Punto 3.^o

terna negotia talem propensionem, ut contemplationis quieti inepti videantur, *Et unusquisque proprium donum habet ex Deo, unus sic, alius vero sic* (1 Cor. 7, 7). Sit igitur quisque sua sorte contentus et in sua permaneat vocatione, sollicitus in ea Deo placere. Sed quia multo-
ties gratia naturam moderatur et perficit ac supra se ipsam elevat, ne-
mo a gratia contemplationis se alienum putet, nec omnino actioni inep-
tum credat. Nam saepe, inquit D. Gregorius, pigras mentes amor Dei
ad opus excitat, et inquietas in contemplatione Dei timor infrenat.
Unde, ait Angelicus Doctor, isti per exercitia activae vitae possunt
ad contemplationem preparari; illi vero per similia opera ad contem-
plationem amplius promoveri» (1).

Si compulsamos las citas de San Gregorio y de Santo Tomás que en este pasaje apunta el P. La Puente, veremos que ambos tratan, no precisamente de la contemplación infusa, sino, en general, de la vida contemplativa (2). Y lo mismo, en rigor, hay que decir de nuestro comentarista, como ya hemos visto respecto de la exhortación octava, y lo ponen de manifiesto respecto de la nona estas primeras pa-
labras del párrafo segundo: «*Sed magis dolendum est cum plures vi-
deas meditationi et contemplationi non ineptos, immo ratione status
et officii quasi obligatos, sua tamen malitia et negligentia non intro-
duci in Dei cellaria, quia dispositiones ad id requisitas, quas supra
retulimus, praeparare negligunt.*» Verdad es, añade La Puente, des-
pués de enumerar como causas de esta desgracia la soberbia, la ve-
hemencia de las pasiones, la pereza y remisión en el seguimiento de
Jesucristo; verdad es que no todos los diligentes y presurosos en el
camino de la perfección son introducidos en seguida en estas recá-
maras, «*si tirones adhuc sint, quibus expediatur in via purgativa am-
plius demorari*». Y aplica a continuación el mismo caso de Moisés y
los israelitas en el monte Sinaí, que aplicó en la vida del P. Baltasar,
aunque con algunas variantes:

«*Cujus egregium symbolum fuit quod Moysi praecepit Dominus
descensurus in montem Syna, cuius mentionem fecimus: Vade, inquit,
ad populum et sanctifica illos hodie et cras, et lavent vestimenta
sua, et sint parati in diem tertium.* Esto autem ita essent prae-
parati, adhuc secundo praecepit ut constitueret populo terminos
per circuitum, quos nullus auderet transcendere ut monti appropin-

(1) *Expositio moralis in Canticum Canticorum*, lib. II, exh. 9, § 1.

(2) ML., 75, 700 - 766, principalmente 761, n. 57; S. Th. 2-2, q. 182, a. 4.

quaret: *Contestare, inquit, populos, ne velint transcendere terminos ad videndum Deum, et pereat ex eis plurima multitudo.* Vides igitur non satis fuisse quod essent loti et parati ad recipiendam Dei legem per manum Moysis, ut etiam digni reputarentur qui accederent ad montem ad videndum Deum...; quia vulgus populi et tyrones in Dei servitio, etsi bene apti sint ut Dei legem et voluntatem expleant, non tamen ut ejus majestatem contemplentur, nec ad hoc vocati sunt. Quod si immature se ingerant ex curiositatis affectu, patientur repulsam. Sed quia non omnino a contemplativae vitae exercitiis amovendi sunt, audi quid dicat sacer textus: *Cum cooperit clangere buccina, tunc descendant in montem.* Quo significabatur hujusmodi incipientes, vulgusque populi, licet non possint ascendere in cacumen montis, ubi perfectum est contemplationis donum; debere tamen ex Dei jussu majorumque monitu ad radicem ascendere per exercitia lectionis, orationis vocalis vel mentalis, aut meditationis circa Christi mysteria, quibus aptiores fiant, ut tandem a Deo vocari valeant, ut ad cacumen montis et ad supernam ac quietam contemplationem descendant. In utroque autem semper inspicienda est tamquam regula ordinatio divina... Quia sicut ante vocationem Dei nemo praesumere debet in contemplationis montem ascendere; ita cum a Deo vocatus fuerit, obedire voci ejus statim tenetur.»

¿No se suaviza en estas palabras la doctrina establecida en la *Vida* del P. Baltasar? Así pudiera parecer; pero debe advertirse, primero, que ya en el párrafo anterior se ha tratado de los que por disposición de Dios no son introducidos en el don de la contemplación; segundo, que en las palabras citadas no se trata principalmente del vulgo de los cristianos, «de la multitud de los fieles, que es como chusma de menos capacidad o de mucha ocupación en varios negocios», sino de los principiantes; y entre éstos, de los que «no son perezosos, sino que corren velozmente en pos de Jesucristo»; finalmente, que el cuidado de los tales ha de ser, según el P. La Puente, emplearse en los ejercicios de lección, oración y meditación, «quibus aptiores fiant, ut tandem a Deo vocari valeant». Mediante esos ejercicios, se harán más aptos para poder ser llamados por Dios a la contemplación. ¿Serán llamados todos? El P. La Puente insiste en que todo depende de la ordenación divina. — Aun después de concedido el don de la contemplación, algunos le pierden; por su culpa, unos; otros, sin ella; porque «cum dona sunt gratuita nec ad salutem necessaria, ex occultis causis suspenduntur».

No reflejaríamos, sin embargo, el pensamiento completo del Padre La Puente en esta exhortación, si no añadiéramos que, en su sentir, las almas verdaderamente fervorosas y fieles en el seguimiento de

Jesucristo, pueden abrigar esperanzas de obtener el don de la contemplación.

«Haec summatim dicta sunt de impedimentis introeundi in cellaria, aut in eis diutius permanendi, non ad terrendum volentes introire, sed ad monendum, ne desiderio suo frustrentur. Procul enim abesse oportet omnem pusillanimitatem et cordis diffidentiam...» Como ejemplo de valentía y de confianza nos presenta al Patriarca Jacob, y concluye con esta animosa exhortación: «Tanti ergo viri exemplo confortatus magnam concipias fiduciam consequendi contemplationis donum; has enim luctas permittit Deus, non ut hoc donum neget, sed ut luctando vincas et dignus fias cui concedatur, neque tibi sed Deo illud obtinuisse tribuas... Magna igitur spe fretus dico cum sponsa: *Introduxit*, id est, certo introducet me *rex in cellaria sua; exsultabimus et laetabimur in te*. Cur enim non introducet me, si ego currere post ipsum curem? Immo occurret mihi ut introducat me, sic enim scriptum est: *Occurristi laetanti et facienti justitiam; in viis tuis recordabuntur tui*. Tu, Domine, saepius occurris eis qui hilariter faciunt justitiam et laetantur cum tibi serviunt; unde fit quod, dum ambulant per vias tuas servando praecepta tua, recordentur tui et exsultent et laetentur in te, *memores uberum tuorum super vinum*. Ita occurristi Abrahamo, Jacobo, Moysi et aliis Patriarchis speroque quod occurses mihi, quia tu dixisti: *In viis justitiae ambulo et in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me et thesauros eorum repleam*» (1).

No hay duda que la contemplación de que aquí trata el P. La Puente, es la contemplación infusa; la que el Señor concedió a sus grandes amigos Abrahán, Jacob, Moisés. Pero tampoco parece que se pueda dudar de que el alma que habla con esa magnanimitad y confianza, ha sentido ya un llamamiento especial de Dios para la contemplación.

* * *

Dos series de testimonios se hallan en la Exposición de los Cantares, que pueden contribuir a determinar lo que en el pasaje citado queda todavía incierto: unos, que contraponen el modo «ordinario» de orar al «extraordinario» —el calificativo es del P. La Puente—; otros, en que se habla del «grado supremo» o «elevadísimo» de la contemplación. Ni faltan pasajes en que se consideran ambos aspectos. Tal, por ejemplo, la exhortación XIV del libro primero. Vanse comentando en las primeras exhortaciones, hasta la XVI inclusive,

(1) Lib. II, exhort. 10, § 4.

las palabras con que empieza el Cantar divino: *Osculetur me, osculo oris sui*. Trátase en las exhortaciones XII y XIII del beso de los pies por la penitencia y la conversión, a ejemplo del hijo pródigo y de la Magdalena; y al comienzo de la XIV se dice: «Post primum reconciliationis osculum, quo vitae spiritualis primordia dedicantur, cuius effectus hactenus explanavimus, osculum aliud majoris amicitiae per nova incrementa gratiae proficientium indulgetur; cui succedit aliud singularis et eximiae cum Deo unionis, quod sola raraque experitur perfectio». Cada aumento de gracia es también aumento de unión del alma con Dios. Para conseguir esos aumentos son necesarias nuestras obras; pero es necesario también que precedan los auxilios de Dios: *Deus est*, dice el Apóstol, *qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate*. (Ad Philip., 2, 13.)

«Sed quomodo operatur?», pregunta el P. La Puente. Immitendo subito dulces et fortes illustrations et inspirationes, seu cogitationes pias ignitasque affectiones, quibus nos excitat et juvat ad eum perfectius cognoscendum et ardentius amandum operaque insignia virtutis et sanctitatis peragenda, tam vitae activae quam contemplativae. Et quia hujusmodi affectus a Deo repente emissi signa sunt maximi amoris electis amicis praestiti, nam, *qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei*; ideo convenientissime a Divo Gregorio et aliis Patribus oscula oris Dei nominantur, quae sancte desiderantur a sanctis, ut in dies sanctiores fiant et ipsi Deo cariores ideoque non temere, sed pie cum sponsa dicunt: *Osculetur me osculo oris sui*.

«Sed qui dona Dei petit paratus esse debet ad cooperandum cum illis.» Del beso de los pies, propio de los principiantes, hay que procurar pasar al de las manos, propio de los proficientes. «Sicut autem osculari pedes Domini est aliquid operari ex affectu poenitentiae, vel humilitatis, aut adorationis et subjectionis ad Deum, ad impetrandam veniam, ita osculari Dei manus est ex affectu gratitudinis et gratiarum actionis pro acceptis beneficiis aliquid operari ad tribuendum aliquid Deo juxta propriam facultatem, unde augmentum gratiae ipsius mereamur accipere.»

No será inútil esta noción para entender lo que el P. La Puente dice más adelante acerca de los perfectos. Ahora oigamos lo más capital que a nuestro propósito escribe en esta exhortación XIV, párrafo 2, que titula *De supremis oculis oris Dei in contemplatione*.

«Postquam manus Dei, ut decet, diu osculatus fueris, et hyacintinis caelestibusque affectibus [sis] repletus, ad supremum osculum oris Dei poteris anhelare, quod non unum est sed multiplex. Illud autem quod omnia superat non nisi raro et paucis filiis vel sponsis,

qui specialem gratiam apud Deum invenerunt, solet exhiberi. Transcendit enim communes leges, quibus amantissimus sponsus non est alligatus, volens dilectam animam supra seipsam elevare ad sublimem contemplationem et amorem, ad actus anagogicos, et effectus omnino supernaturales, cuiusmodi sunt revelationes, apparitiones miraculosaes, extasis, suspensio, jubilus et raptus, quo percipiuntur arcana Dei, quae non licet homini loqui. In hujusmodi autem mentis excessibus praebetur summum osculum singularis amicitiae et intimae unionis, quo ita sibi Deus totam animam ejusque omnes vires conjungit, ut eum solum perspicacissime contempletur, eo solo fruatur, in eo solo omnium rerum temporalium oblitera conquiescat: quoniam, ut praedixerat Psaltes, *abscondit eam in abscondito facie sua* a conturbatione hominum; id est, in suae divinitatis tranquilla contemplatione, ac si faciem ejus intueretur ea claritate quae viatori convenire possit; ea tranquillitate quam nihil humanum perturbet; ea spirituali laetitia, ut vix concipi valeat...; ea denique plenitudine ac saetate, ut tota possideatur a Deo et possideat ipsum Deum.»—El alma así poseída de Dios puede decir con San Pablo: *Vivo ego, non jam ego; vivit vero in me Christus.*—«Unde quidquid tunc temporis vires animae operantur, magis operatur ipse Christus. Quia anima, ut de Divo Hierotheo testatur magnus Dyonisius, magis est patiens divina et Deus velut agens; et qui ita spiritu Dei aguntur, sunt praeterea aliis carissimi filii Dei. Et quae ejusmodi est anima, per quamdam antonomasiam, vocatur in hoc Canticum amica, soror, columba, sponsa et unica perfecta; quae unica et non nisi a sponso vehementer praemota et quasi extra se rapta, audet dicere: *Osculetur me osculo oris sui*; illo scilicet osculo quo me ad supremam cum ipso unionem vehat, ut unus cum eo spiritus efficiar. Haec autem omnia sunt signa reciproci amoris inter Deum et animam singularis et vehementissimi. Unde Richardus de Sancto Victore de iis agens, sic ait: Certum signum tibi sit, quaecumque es anima, quod dilectum tuum minus diligis, vel ab illo minus diligenter, si ad theoricos illos excessus nondum vocari, vel vocantem sequi nondum merueris. Nam ex magnitudine dilectionis pendet modus divinae revelationis et communicationis, juxta illud: *Comedite, amici, bibite et inebriamini, carissimi.* (Cant., 5, 1.)» «Haec carptim ex Richardo, concluye el P. La Puente, después de copiar el comentario del Victorino a estas palabras: Et ita communiter accidere ex historiis et gestis sanctorum satis constat; non quod perfecta sanctitas in his anagogicis affectibus sita sit, sed quia insigniter sanctis conceduntur, imperfectis vero communiter negantur.» (1)

Si para mejor entendernos quisiéramos reducir el estado o los estados místicos que en este pasaje describe el P. La Puente a la terminología empleada por Santa Teresa de Jesús y simplificada por el P. Poulain, diríamos que el autor de la Exposición de los Cantares

(1) Lib. I, exh. 14, § 2.

nos describe la unión plena o semiextática, la unión extática y la unión transformante o deificante o matrimonio espiritual; es decir, la oración correspondiente a las Moradas 5.^a, 6.^a y 7.^a De esta oración o contemplación, de afectos y efectos «totalmente sobrenaturales», nos dice terminantemente el P. La Puente que «no se concede sino raras veces y a pocos hijos o esposas que han hallado especial gracia con Dios, porque trasciende las leyes comunes».

Mas he aquí que en el párrafo tercero de la misma exhortación XIV se trata *De ordinariis osculis contemplationis*. ¿Qué clase de contemplación y qué osculos ordinarios son esos? Oigamos las palabras más importantes de nuestro guía.

«His igitur, quae extraordinaria sunt, relictis, quia nec decet ea petere, nec securum est ea inquirere, nisi divina vehemensque inspiratio in idipsum rapiat; licitum tamen, securum et sanctum est his qui in osculis pedum et manuum, quae propria sunt tironum et proficien-
tium, diutius et fructuosius versati sunt, ad ea quae sunt perfectorum ascendere, et ad sublimius osculum oris Dei aspirare, ipsius ve-
nerandam et amabilem faciem, prout concessum fuerit, intueri, illique appropinquare et per purissimum amorem ei uniri, dicentes: *Mihi autem adhaere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.*
(Ps. 72, 28.) Hoc est mihi bonum, honestum, delectabile et utile, omne in se continens bonum, extra quod nihil mihi potest esse bonum: ut Deo, glutine cognitionis et amoris perpetuo adhaereum, et in eo solo omnem meam fiduciam constituant, quaerens faciem ejus semper, non propter meum commodum, sed propter ejus obsequium et gloriam, non jam quia redemptor est a peccatis aut quia benefactor tantum (in his enim attributis aliquid proprii commodi invenitur), sed quia summum bonum est, et propter seipsum infinite amabile.»

Si comparamos estas últimas frases con las que arriba se copiaron sobre las expresiones «besar los pies» y «besar las manos», veremos que el alma, en el estado de perfección que aquí se pinta, sirve y ama a Dios no ya por utilidad, ni siquiera por gratitud, sino por puro amor de benevolencia, por ser Dios quien es, suma bondad. Nada de lo que en esa descripción nos dice el P. La Puente supone ni requiere la contemplación infusa: son ejercicios activos, propios de perfectos, que implican una gracia grande de Dios nuestro Señor, una luz muy intensa, una caridad muy encendida; pero que no exigen una intervención propiamente mística. Lo que hacen esos ejercicios es disponer al alma para las gracias místicas:

«Quae ergo sic est anima, escribe nuestro experimentado autor, quantum crescit in gratia, tantum in fiducia dilatatur. Unde fit ut et amet ardentius et pulset fidentius pro eo quod sibi deesse sentit, donec illud consequatur. Ideoque supremum osculum Dei, quo ei intimius uniatur, concupiscit et poscit dicens: *Osculetur me osculo oris sui*. ... Nec dubium quin pius pater et amantissimus sponsus hanc animam osculetur osculo oris sui, prout ipsa desiderat; et quidni osculetur eam ore suo, quae ita separavit pretiosum a vili, ut quasi os ejus esset? ita suo dilecto conjuncta, ut ambo idem sentirent, vellent, dicerent ac perficerent?» (1)

Un consejo ya otras veces repetido: en estas tres jornadas de la vida espiritual se ha de proceder con el orden debido; paso a paso, no por saltos.—Pero, si se ha de huir el escollo de la presunción, no se ha de caer en el abismo de la pusilanimidad.

«Etenim cum te Deus ad altiora praemovet, illum sequi oportet; quia vehementia divini amoris non coarctatur limitibus humanae rationis, et ita cognoscere debes propriam parvitatem, ut tamen non satieris minoribus osculis, sed pretiosiora petas, si divina inspiratione te senseris excitari... Nam qui movet ad tam insignia dona petenda vult etiam elargiri illa; et nonnumquam ita munificum se praebet iis qui fuerunt prodigi et rebelles, ut invideant qui semper fuerunt humiles et obedientes; et illis singulare praestat osculum et convivium parat quod istis negat; non tamen sine consilio et ratione, nec sine utilitate; quia, licet Dominus sit et ex propriis bonis facere possit quod libuerit; tamen omnia cum sapientia judicat, et unicuique justorum tribuit quod illi novit fore utilius vel ad divinam gloriam manifestandam convenientius; quam tandem tuis commodis debes praeferre; propter illam tamen semper debes majora appetere et meliora charisma aemulari, et in pretiosiora Dei oscula mentis aciem dirigere; nam qui dedit majus, si expedit non negabit minus; et qui dat seipsum in Sacramento, non negabit supremum osculum, propter quod datur Sacramentum...» (2)

* * *

La doctrina desarrollada en esta exhortación repítese, total o parcialmente, en cuantos pasajes del *Cantar de los Cantares* brindan oportunidad de tratarla. Copiados por mi mano, con la extensión necesaria para que se pueda apreciar plenamente su sentido, tengo todos o casi todos esos pasajes. Lo más sencillo para mí y lo más tran-

(1) Lib. I, exh. 14, § 3.

(2) Lib. I, exh. 14, § 4.

quilizador para los lectores, sería trasladarlos con toda esa extensión a estas páginas; pero crecería desmesuradamente esta serie de artículos. Me limitaré por tanto a entresacar algunas cláusulas que no dejan lugar a duda sobre el pensamiento del P. La Puente en este punto.

Comentando las palabras *Fasciculus myrrhae dilectus meus mihi* (1, 12) escribe:

«Est duplex orationis et contemplationis modus: quidam omnino supernaturalis, leges communes transcendens, qui ab ipso Deo animae infunditur, ipsa passive se gerente, quomodo de D. Hierotheo inquit D. Dionysius quod erat patiens divina... Sed quia hic modus rarus est, nec a nobis expetendus, alterum et communem orandi modum amplectamur, quo mens nostra, lumine fidei illustrata et a Deo adjuta, divina mysteria meditatur et sibi fasciculos plurium veritatum colligit, quibus dilecti sui integrum notitiam comparat, ut eum ardenter amet» (1).

Sobre las palabras *introduxit me in cellam vinariam* (2, 4):

«Hinc est vinum divini amoris dupli in loco exhiberi: nempe in cella vinaria, et extra illam in sacra mensa. In hac quidem omnibus volentibus bibere proponitur; datur tamen quasi in cratera, cum mensura et moderatione... In cellam autem vinariam non omnes admittuntur; sed solum singulariter electi, qui invenerunt gratiam coram Domino, quibus dicitur: *Comedite, amici; bibite et inebrimini, carissimi*» (2).

Efecto de este amor embriagador, es el desmayo en que cae la esposa y el misterioso abrazo con que el Amado la sostiene.

«Sed duplex est iste amplexus: quidam ordinarius, qui in mutua unione et adhaesione amoris inter Deum et animam consistit, et explicatur illis verbis: *Qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo* (S. Joan. 4, 16). Alius est extraordinarius et omnino supernaturalis...» Describe este abrazo, del todo sobrenatural, incluyendo en él el éxtasis y el rapto y recordando una vez más el dicho de San Dionisio acerca de San Hieroteo, y después de otras varias observaciones, termina: «Haec de amplexu isto attigisse sufficiat; magis enim in hujusmodi excessibus quaerenda est experientia quam scientia; non

(1) Lib. IV, exh. 3, § 2.

(2) Lib. IV, exh. 29, § 1.

quod liceat eos appetere, nam praesumptionem redoleret, sed quia oportet non eos demereret, satagendo per opera amoris Deum ad se trahere, qui libenter diligentibus ipsum conjungitur eorumque justa desideria explet...» (1).

Hablando de la manera de conocer a Dios que enseña el Areopagita, por elevación sobre todas las criaturas visibles e invisibles, escribe:

«At modus iste mysticus cognoscendi Deum est sublimis, ut menti sit incognitus. Solum enim habetur ex supernaturali quadam luce ab ipso Deo infusa, ignorante anima infusionis modum... Unde fit errare illos qui putant sua industria posse ad hanc sublimem cognitionem scientiae mysticae pervenire». —La esposa dice sólo: *Inveni quem diligat anima mea*, sin repetir la palabra *quaesivi*: —«ut significaret illam singularem Dei inventionem gratis sibi esse concessam; et non ex virtute propriae industriae in quaerendo tunc temporis adhibita. Ceterum non concederetur illi nisi praecesisset inquisitio in lectulo et per vicos et plateas, atque interrogatio ad vigiles; quia, juxta leges a Deo omnibus communiter praescriptas, oportet studium lectionis, orationis et meditationis circa mysteria fidei praecedere sublimiorem Dei contemplationem et mysticos ac anagogicos excessus» (2).

Aquellas palabras *oculi tui columbarum, absque eo quod intrinsecus latet*, o, como traducen los Setenta, *extra taciturnitatem tuam*, vel *extra silentium tuum*, las aplica el P. La Puente en el libro VII, a los contemplativos; y ve insinuados también en ellas dos modos de contemplación: «alter communis et ordinarius; alter singularis et extraordinarius». El primero no es otro que la meditación; el segundo es la contemplación infusa: al describirla, no olvida lo de San Hieroteo. ¿Por qué no declara el Esposo esta gloria íntima de la alta contemplación? Entre otras razones, piensa el P. La Puente:

«Ut nos appetamus quidem contemplationem quae per oculos columbinos designatur (es decir, el primer modo de contemplación) eosque habere curemus; alios tamen relinquamus extraordinarios modos extasis, silentii vel suspensionis aut raptus, qui non sunt appetendi, nec procurandi... Oportet tamen, ne nos his singularibus gratiis indig-

(1) Lib. IV, exh. 40, § 3.

(2) Lib. VI, exh. 7, § 2.

nos reddamus, ea diligenter praestare quae ad communem contemplationem perfecte exercendam valde conducunt» (1).

La perfección de la vida activa se compara al «monte» de la mirra; la de la contemplativa al «collado» del incienso. La relación entre monte y collado se puede tomar, dice el P. La Puente, no tanto de la alteza, cuanto de la capacidad:

«Mons... innumeris arboribus myrrham proferentibus constans, coetus est eorum qui vitae activae et vitiorum extirpationi per poenitentiam et sui abnegationem incumbunt; collis autem arboribus thuriferis consitus, coetum eorum qui vitae contemplativae et orationis studio vacant, repraesentat. Ille fere omnes fideles comprehendit, si fidem operibus scient; at pauciores in hunc ascendunt; nam licet communis oratio omnibus conveniat, tamen contemplationis proprium studium paucioribus aptatur».—Distinción entre el monte de la ley o de las bienaventuranzas y el de la Transfiguración (2).

Del banquete en que el Esposo convida no sólo con panal y miel, sino con vino y leche, en que se representa la perfección de la contemplación, dice nuestro comentarista:

«Ad haec autem nullus idoneus est nisi ipse sponsus invitet, apponat mensam, exhibeat proprium favum suum, vinum et lac»... (3). Y un poco más abajo, en la exhortación 7 del mismo libro VIII, aludiendo a varios otros pasajes: «Sed quoniam sponsus est qui introducit in cellam vinariam, et qui amicos ac carissimos ad comedendum et bibendum invitat; ad ipsum etiam spectat hunc somnum tribuere, cuius donum est supernaturalis haec contemplatio, quies et cordis vigilantia, quae sine divino favore non poterit impetrari, nec conservari postquam fuerit impetrata; unde ipse dignatur magno zelo custodire quod prius dignatus fuerat elargiri; nobis autem ab illo humili et ferventi oratione gratia petenda est, ut mentem quietam et tranquillam reddat, corque ad vigilandum coram ipso disponat. Cetera vero quae singularia sunt privilegia, ejus providentiae committamus, qui probe novit quis modus contemplationis unicuique electorum magis expediatur» (4).

En las tres categorías de mujeres que vivían en el palacio de Sa-

(1) Lib. VII, exh. 1, § 3 y 4.

(2) Lib. VII, exh. 18, § 2.

(3) Lib. VIII, exh. 2, § 4 al fin.

(4) Lib. VIII, exh. 7, § 3 al fin.

lomón, considera el P. La Puente, siguiendo a San Agustín y a Santo Tomás, los tres grados de caridad, y los tres estados de los justos principiantes, aprovechados y perfectos. Respecto al número de cada una de estas clases o grados, escribe nuestro autor:

«Facile est bene incipere; difficillimum vero perseverare et ad culmen perfectionis ascendere. Ideo incipientium magnus est numerus, minor tamen eorum qui progredi anhelant; sed minor multo eorum qui perfectionem assequuntur. Rarum enim est quod est pretiosum, et ideo curandum est, ut inquit Sanctus Basilius, esse de numero paucorum» (1). En realidad todos los fieles, de cualquier grado y estado que sean, deben aspirar a la perfección, puesto que a todos se les dice: *Estote perfecti sicut pater vester caelensis perfectus est.* «Ab omnibus etiam, inquit D. Bernardus, perfectio exigitur, etsi non uniformis; ut ipsae adolescentulae curent in proprio gradu perfectae esse et viam suam perfecte inchoare; ut quilibet justus sit primo perfectus infans, postea perfectus adolescens, et tandem perfectus vir» (2).

Para nada toma aquí en cuenta el P. La Puente los grados ni la clase de oración; pero sí lo hace en los números siguientes, donde entre otras cosas se lee:

«Sed sublimius aliiquid in his verbis insinuatur; nam praeter reginas, quae statum perfectorum designant, quaedam sunt sponsae singularissima et praecellentissima perfectione fulgentes, quas unice Christus diligit, de quibus ait: *Una est columba mea perfecta mea...* Las tales son «únicas» en la gracia, porque «han hallado gracia con Dios»; y «únicas» también en las comunicaciones del cielo «quae non nisi singulariter dilectis exhiberi solent» (3).

«*Ascendam in palmam...*» La palma simboliza para el P. La Puente la perfección evangélica.

«Cum audis, *ascendam in palmam*, animum progrediendi intellege; aliud enim est appropriare, aliud ascendere. Qui a peccato per poenitentiam recedit, ad palmam appropinquit et illi incipit adhaerere; sed nondum sublimes ejus fructus carpit. Oportet enim ut ultius ascendat; non volando sicut avis, hoc enim nostras superat vires et speciale privilegium est eorum qui saltu quodam et volatu spiritus

(1) Lib. IX, exh. 3, § 2,

(2) Lib. IX, exh. 3, § 3.

(3) Lib. IX, exh. 3, § 3.

ab imo gradu elevantur ad supremum. Ascendendum igitur est gradatim... per varios abnegationis propriae gradus a minori ad maiorem...»

Et tenebo cacumina ejus. Las *cimas* de la palma son las virtudes perfectas. Los ejercicios para subir a ella, unos son exteriores, otros interiores. Debemos aspirar en nuestro corazón al grado supremo de cada virtud. «Sed, quoniam non omnibus conceditur haec cacumina tenere, bene tamen id desiderare ac sperare, non ait «teneo», sed «tenebo»; id est tenere confido et curabo» (1).

Guttur tuum sicut vinum optimum. También en estas palabras ve el P. La Puente representada la oración afectuosa. Y distingue en ella estos grados:

«Bonum quidem vinum est affectus compunctionis...; at multo melius est vinum dilectionis..., graviorque est oratio quam hic parit affectus et promanat ex consideratione beneficiorum Dei et mysteriorum Christi; sed vinum optimum est amoris affectus et deprecationis ex speciali Spiritus Sancti infusione proveniens, in qua se habet anima quasi patiens divina, nec tam se agit quam agitur a Deo, qui peculiaribus illustrationibus, affectus, preces ac meditationes excitat et componit, quae dignae sunt ut a dilecto acceptentur» (2).

No debemos omitir aquí que, como oración perfecta, debida a infusión del Espíritu Santo, pone el P. La Puente alguna oración de los pecadores.

«Adeo enim potens est vis devotionis ex Dei inspiratione provenientis, quae optimum vinum dicitur, ut ipsos dormientes faciat eloquenter loqui; id est peccatores qui in peccatis suis dormiebant, aut pigros qui acediae sopore tenebantur, excitet, et ferventer orare et cum Deo loqui faciat» (3).

* *

No son los pasajes citados los únicos en que el autor de la *Exposición moral del Cantar de los Cantares* trata la cuestión controvertida; pero bastan y sobran estos extractos para conocer con seguridad su pensamiento.

(1) Lib. IX, exh. 19, § 1 y 2.

(2) Lib. IX, exh. 21, 1.

(3) Lib. IX, exh. 21, § 2.

Distingue el experimentado escritor dos modos de oración o de contemplación: uno que llama común y ordinario; otro que califica de extraordinario y singular. El primero nos le describe siempre con los caracteres exclusivos de la meditación discursiva, aunque alguna vez le designa con el nombre de «contemplación». En algunos pasajes, tanto de la *Exposición de los Cantares*, como de la *Guía espiritual*, que se estudiarán oportunamente, habla de contemplación propiamente tal, es decir vista o intuición sencilla y reposada de una verdad o de un misterio; pero de un carácter muy distinto del que atribuye al modo extraordinario de oración.

Al describir este segundo modo, nos habla el experimentado autor de revelaciones, hablas intelectuales y sensibles, apariciones milagrosas, éxtasis, suspensión de sentidos, desfallecimientos, júbilos, raptos. Esto pudiera hacer creer a algunos que el P. La Puente repara ante todo en el aparato exterior, digámoslo así, de la contemplación, más que en la contemplación misma. Pero está muy lejos de ser así. Adviértase ante todo que ordinariamente se propone describir la contemplación «perfecta», «elevadísima», el «supremo grado», los «supremos ósculos» etc.; es decir, la oración correspondiente a las últimas Moradas. Ahora bien, como ya notábamos antes, esa oración, según las descripciones de Santa Teresa, se caracteriza con los nombres de unión semiextática, unión extática, unión transformante. Con razón, por tanto, atribuye el P. La Puente esos fenómenos a la oración altísima que quiere describir. Pero adviértase por otro lado que nuestro guía, en esas descripciones, no tanto alude a fenómenos sensibles, cuanto a efectos interiores y espirituales, y que en todo caso supone que todos esos fenómenos van acompañados de altísimas comunicaciones divinas en el entendimiento y en la voluntad y en lo más íntimo del espíritu. Además y principalmente, hay que fijarse en los caracteres esenciales que atribuye a este modo extraordinario de oración, a saber: que es «totalmente sobrenatural»; que es «infundido de solo Dios»; que el alma, a semejanza de lo que San Dionisio dice de San Hieroteo, se ha en él pasivamente, «est patiens divina». En definitiva estas tres expresiones no hacen sino completarse. Ahora bien, el carácter que con ellas se describe es propio, no sólo de la contemplación más elevada, del supremo grado de contemplación, sino de toda contemplación verdaderamente infusa, de toda contemplación mística. Es lo que Santa Teresa llama «sobrenatural»; «lo que

con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure: aunque disponerse para ello, sí».

Pues bien: he aquí lo que respecto de esa oración nos enseña el P. La Puente; en términos expresos de los grados supremos, implícitamente de toda contemplación infusa:

1.º ese modo de oración es llamado «singular», «extraordinario», «leges communes transcendens».

2.º, «rarus est nec a nobis expetendus»; «non omnes admittuntur, sed solum singulariter electi»; al collado del incienso «pauciores... ascendunt, nam, licet communis oratio omnibus conveniat, tamen contemplationis proprium studium paucioribus *aptatur*»; «nullus idoneus est nisi sponsus invitet»; «praeter reginas, quae statum perfectorum designant, quaedam sunt sposae singularissima et praecellentissima perfectione fulgentes, quas unice Christus diligit». Es decir que, en opinión del P. La Puente, no son admitidos a la contemplación infusa, ni todos los fieles, ni siquiera todos los perfectos, sino algunos especialmente elegidos y amados de Dios, de quienes se dice que «han hallado gracia en sus ojos».

3.º No se limita el P. La Puente a consignar un hecho, para todos indudable, a saber que son pocos los que en realidad suben a la contemplación infusa; parece indicar que esa es la «ley común»; y apunta como razones la naturaleza misma de las cosas: «contemplationis studium paucioribus *aptatur*»; y la providencia de Dios nuestro Señor, que no sólo es dueño de sus dones y de darlos a quien quiere, sino que además «omnia cum sapientia judicat, et unicuique justorum tribuit quod illi novit fore utilius vel ad divinam gloriam manifestandam convenientius».

4.º Este modo de oración no puede merecerse con industrias humanas, aun ayudadas, ya se entiende, de la gracia divina; lo dice terminantemente nuestro autor en muchas partes, y habrá ocasión de explicar este su sentir radicalmente.

5.º En los grados supremos, que llevan consigo mercedes y regalos estupendos del Señor, no se debe pretender este modo de oración; sería presunción. Sólo el alma a quien se da el título de esposa, «et non nisi a sposo vehementer praemota et quasi extra se rapta audet dicere: *Osculetur me osculo oris sui*».

6.º Pero si esta oración, totalmente sobrenatural, no se puede adquirir con industria ni diligencia, aunque mucho se procure; puede el

á alma disponerse para ella. Así lo dice Santa Teresa, y así lo enseña también el P. La Puente. No podemos hacernos dignos; pero hemos de procurar no hacernos indignos.

7.^º Sin nuestras diligencias, de ley ordinaria no se nos concederá el don de la contemplación: supuestas la diligencia fervorosa, la gracia se concederá con las acotaciones indicadas en los números precedentes.

C. M.^a ABAD.

